

Palabras pronunciadas por Juan Carlos Núñez, hijo de Carlos Núñez Hurtado, al recibir reconocimiento post mortem de Derechos Humanos Francisco Tenamxtli, a nombre de su padre.

8 diciembre 2017

Estimadas consejeras y consejeros de la Comisión de los Derechos Humanos de Jalisco.

Estimados familiares de las personas que hoy reciben el reconocimiento Francisco Tenamxtli.

Amigos y amigas:

En nombre de la familia Núñez Bustillos agradezco este reconocimiento que hoy la Comisión Estatal de los Derechos Humanos de Jalisco brinda a nuestro padre, Carlos Núñez Hurtado, por su trayectoria de más de cuatro decenios en la promoción y defensa de los derechos humanos.

Su preocupación por el respeto a la dignidad humana comenzó desde que era muy joven y se consolidó cuando en 1963 fundó el Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario, una de las organizaciones de la sociedad civil más longevas en nuestro país.

Desde ahí impulsó un trabajo que ha buscado fortalecer los procesos educativos y participativos de las personas en sus comunidades, en la transformación de las estructuras que generan injusticias y en la defensa de los derechos de todas las personas.

Carlos Núñez Hurtado, junto con otras mujeres y hombres, comenzó a trabajar en aquellos años en favor de los derechos humanos, cuando el tema apenas comenzaba a aparecer explícitamente en la arena pública, cuando no había comisiones estatales, ni leyes, ni maestrías, ni presupuestos, solo la urgencia de alzar la voz ante las injusticias, a movilizarse para defender a las víctimas de los abusos, a crear redes, organizaciones, conciencia. Con lo que hubiera, con lo que se pudiera, siempre con otras y con otros.

Por eso este homenaje a mi padre es un homenaje a todas las mujeres y los hombres que en aquellos años tomaron una opción valiente por la defensa de la dignidad humana. Es un homenaje a las madres de los desaparecidos de la guerra sucia de los años 70 que nunca dejaron de buscar a sus hijos, un homenaje a quienes defendieron a los presos políticos que nadie se atrevía a defender, a quienes formaron las primeras organizaciones defensoras de los derechos humanos en Jalisco.

Esa opción por los derechos humanos era parte de su vida. Lo mismo cuando atendía casos específicos en los barrios, que dictando conferencias en foros internacionales. Recuerdo haberlo acompañado a los separos de la Policía de Guadalajara para defender a colonos apresados por no haber querido entregar parte de su sueldo a elementos corruptos de la corporación que se apostaban en las entradas de la colonia a pedir una cuota a los obreros los días de pago.

Muchas cosas han cambiado desde entonces. Gracias al trabajo de mucha gente tenemos más recursos para la defensa de los derechos humanos. Existen comisiones defensoras, instrumentos legales, mayor conciencia, mucha bibliografía. Y, sin embargo, estamos todavía muy lejos de vivir en un Estado respetuoso de la dignidad humana.

La violencia impera en el país y se extiende en todos los ámbitos. Las graves violaciones a los derechos humanos persisten. Asesinatos, torturas, abusos de autoridad, violencia de género, desapariciones forzadas, desplazamientos de comunidades enteras, saqueo de recursos naturales, impunidad...

Si hoy mi padre estuviera aquí no podría callar ante el caso de la maestra Laura Carranza. Una psicóloga infantil acusada de narcotráfico. Ella ha dedicado su vida a trabajar con niños en condiciones vulnerables, huérfanos, sordos. El año pasado envió por paquetería a su madre, una mujer enferma de esquizofrenia, un medicamento que la señora olvidó durante una visita a casa de Laura. No adjuntó la receta médica. Ese fue su delito. Eso le valió una gravísima acusación de narcotráfico. Durante más de un año ha sido incriminada injustamente por las autoridades que no han considerado las múltiples pruebas que la familia ha aportado: recetas médicas, el expediente clínico, el testimonio del psiquiatra... Su trayectoria intachable, la buena voluntad con la que se presentó ante las autoridades cuando fue requerida.

Murió ya la mamá de Laura y ella no pudo acompañarla en sus últimos momentos porque los responsables de procurar e impartir justicia insisten en que ella es narcotraficante y quieren encarcelarla: por cuidar a su madre. Más de un año lleva ya la pesadilla para Laura y su familia. No hay ni si siquiera una respuesta de la autoridad que se niega a recibir a sus defensores y familiares. El silencio, el desprecio, los muros infranqueables del poder...

Por eso hoy, humildemente tomo la voz de mi padre para exigir: ¡Justicia para Laura!

Como ella miles de personas sufren injusticias a lo largo y a lo ancho del país. Cuando vemos casos como el de Laura, como muchos más. Cuando vemos los rostros de las madres de los nuevos desaparecidos, de los indígenas que en este momento viven bajo lonas en la selva de Chiapas porque temen ser asesinados por grupos paramilitares, cuando vemos ancianos que no tienen medicamentos, bosques saqueados o se promueven leyes como la de Seguridad Interior, pareciera de pronto que de poco sirvió el esfuerzo de mi padre y de tantas personas que como él creyeron que era posible construir un mundo más justo y más humano.

Sin embargo, mi padre, ya muy gravemente enfermo, poco antes de morir, en este mismo recinto en que nos encontramos, pronunció estas palabras que hoy vuelven a sonar aquí:

“A mí no se me ha muerto la esperanza. Sí asumo, como dice Paulo Freire, que a veces se cansa. Pero no se muere. No renuncio a mis sueños ni a la lucha por construirlos o conquistarlos. Pero hay momentos de mucha incertidumbre y no resulta fácil.

“A pesar de todo reafirmo, la esperanza no puede morir. Sin ella no hay movimiento, no hay futuro, no hay sentido en la vida personal ni social. Agradeciendo desde el corazón su cariño y solidaridad, los invito a que sigamos esperanzadamente construyendo nuestros sueños... a pesar del negro panorama y de los consecuentes cansancios”.

Muchas gracias.